

# Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

La celda (o el dibujo de su sonrisa, el agente y el ordenador)

David Mauas

pp. 141-143

# La celda

(o el dibujo de su sonrisa, el agente y el ordenador)

David Mauas

*¿Cuándo se me había ocurrido confesarme a mí mismo quién era yo?... Nunca había intentado descubrirme, conocer mi secreto, aseverar cuál era mi verdadero nombre, el nombre de mi raza y no el ficticio y ridículo que me impuso mi padre en la fuente bautismal...*

Giovanni Papini

“UNA noche, mientras soñaba con una multitud de ciegos que caminaban por un prado cubierto de espesas hierbas, insensiblemente, la respuesta llegó de improviso. Yo soy alguien para quien los otros no existen...”. Dejé el libro sobre mis rodillas y esperé a que los pasos se acercaran. La puerta del piso se había abierto unos segundos antes y calculé entrever, antes de toda posibilidad de concientización, la melena rubia de ella, luego sus pechos, su rostro, su eterna sonrisa al entrar a casa. Ella se acercará y me besará “¿Cómo había sido el día?”, le preguntaría, nos preguntaríamos. Entonces me levantaré, llenaré la pava de agua, prenderé la hornalla de gas y la pondré a hervir. Un par de tazas de café y sentarse a ver cómo la luz se va retirando lentamente hasta teñir las ventanas de una obscuridad salpicada por un alumbrado público insuficiente.

Sin embargo, algo sucedió. Extraño, inesperado, terrible, incomprensible. Alcancé a ver sus cabellos, sus pechos, su rostro, pero en lugar del dibujo de su sonrisa sus labios se abrieron en un grito ensordecedor. Ella me miraba aterrorizada; inmediatamente el ambiente se llenó de vecinos que acudían en su auxilio. En un instante, me vi rodeado de caras conocidas que me escrutaban sin reconocimiento alguno.

Yo permanecía allí, anonadado e imposibilitado de todo movimiento. Como única reacción levanté

mi dedo índice derecho en señal de saludo a las caras que se agrupaban a mi alrededor. “¿Cómo le va, Doña María?”, me había dirigido rutinariamente sólo unas horas antes a esa señora que ahora me miraba de manera tan amilanada. “¿Qué tal el negocio, Don Pedro?” había preguntado tan sólo la noche anterior a ese simpático vecino que ahora revolvió la casa buscando un palo con el cual amenazarme. Alguien llamó a la policía. No se hicieron esperar. En unos segundos cayeron sobre mí dos agentes, me levantaron en vilo y me arrastraron escaleras abajo hasta introducirme dentro de un patrullero estacionado frente a la puerta del edificio.

Todo aconteció tan rápido que ni siquiera me había percatado del momento en que fui esposado. Las muñecas me apretaban. Al cabo de unos minutos de recorrer las calles de la ciudad, atiborradas en esa tarde de calor primaveral, llegamos a una comisaría (en el camino me pareció reconocer el rostro de Alberto, sentado tras el volante de su automóvil, en el momento justo en que un semáforo liberaba el tránsito pasando de un rojo a un verde. Su mirada se cruzó con la mía. Haciendo como que no me reconocía, arrancó). Debo admitir aquí que, una vez arribados a la comisaría, el trato de los agentes fue lo suficientemente cordial, tomando en cuenta las circunstancias, lo que son y lo que se comenta acerca de ellos. Me sacaron las esposas, me acaricié las muñe-

*Nació en Buenos Aires. Cursó estudios en Jerusalén, en el Departamento de Fotografía y Video de la Academia de Arte Betzalel, y en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea. Actualmente cursa su doctorado en Guión y Narrativa Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona. En 1992 presentó una exposición de fotografías en Buenos Aires, y cortometrajes en distintas exposiciones grupales. En 1994 recibió una beca de la America-Israel Foundation para Jóvenes Cineastas, y en 1997 una beca de investigación del Ministerio de Relaciones Exteriores de España.*

cas agradecido y mientras me reponía de la sorpresa del arresto encendí un cigarrillo ofrecido por uno de los presentes. Alcancé a dar unas pitadas rápidas y ya me hicieron entrar a una oficina. Se trataba de una estancia pequeña; estaba casi en su totalidad ocupada por una mesa maciza atiborrada de papeles y formularios, una máquina de escribir anterior a la era de la computación y un par de teléfonos negros a disco. A ambos lados del escritorio había dos sillas de madera: una marrón de estilo vienés y otra más clara y rústica de oficina. Me senté sobre la silla simple. Instantes después entró un oficial con cara cansada y sentándose tras la arcaica máquina de escribir comenzó a teclear. Luego, levantando la vista por primera vez, me miró y después de las "buenas tardes" me interrogó acerca de mi nombre, dirección, profesión, antecedentes... Ante cada respuesta el oficial tecleaba y suspiraba, al final, como quien no puede contenerse más, se echó a reír enmascarado en una estruendosa carcajada. Me sentí repentinamente animado por primera vez desde que empezó todo el incidente, hasta me largué a reír con él. Pero sin previo aviso, como potro que se retoba de golpe, se paró en seco, dio una fuerte palmadita sobre la mesa y me advirtió que "aquí no estamos para jodas" y que si tengo ganas de forrear me voy a pasar el resto de mi vida en la comisaría. Quise responder, pero inmediatamente entró un agente que me tomó del brazo y me llevó hasta un calabozo próximo y oscuro, que emanaba olor a meo y encierro.

El tiempo se detuvo. Desde una pequeña abertura en la pesada puerta de hierro me pasaban una jarra de agua y unas galletas sin sabor. Estaba tan confundido que ni siquiera logré entrar en una profunda y liberadora desesperación. Contaba la horas por medio de los campanazos lejanos de una iglesia que lle-

gaban hasta mí. Intentaba ordenar los pensamientos pero nada adquiría sentido alguno. Al principio, todo parecía tomar la apariencia de una broma de mal gusto, pero con el paso de las jornadas comenzó a adoptar la forma de una realidad incuestionable: estaba dentro de un calabozo sucio y nauseabundo, al que ni siquiera llegaba la luz del sol, una bujía eléctrica de baja intensidad iluminaba el ambiente desde muy alto; y un balde, que originariamente había contenido pintura, era llenado por mis excrementos. Era simplemente un encarcelado. Esta idea me colmaba por completo. Puedo decir que hasta me llenaba de fascinación. Pensaba en ese mechón rubio y en esa boca vomitando un grito incomprensible. Trataba de

dibujar un recuerdo claro, pero toda imagen resbalaba de mi mente, precipitándose desde mis ojos como si su cuerda se hubiese cortado, golpeándose contra el puente de la nariz y cayendo en el abismo de la nada. El olor de mi propio pis me adormecía, y mi cabeza parecía entrar en un desconocido estado de letargo.

De juzgar por mi barba ya había pasado más de una semana en esa maldita celda. Esperaba ansioso el momento en que alguien viniera a interrogarme. Mi balde comenzaba a rebalsar y el hedor se hacía insostenible.

Comencé a gritar. Por primera vez desde que me habían hecho ingresar en aquel lugar di alguna señal de desesperación. Nadie respondió a mi llamado. Sólo el eco apagado de mi propia voz, que volvía luego de rebotar en un invisible paredón. Finalmente me dormí. Cuando desperté, el tacho se encontraba allí, vacío, limpio. Me sentí tan agradecido que experimenté algo parecido a la felicidad. Quería besar y abrazar a esa mano que acudió en mi ayuda.

Mi barba crecía y comencé a inventarme juegos para matar el tiempo. A la mañana, cuando despertaba con los campanazos de la iglesia (siete, si mal no



cicios aprendidos en una remota infancia. Esto me mantenía ocupado hasta el momento de los bocinazos (parecería ser que en las cercanías de la cárcel existía una gran avenida que se llenaba de tránsito en algún momento de la mañana). Luego me tiraba nuevamente sobre mi improvisada cama y descansaba del esfuerzo físico. Con el tiempo iría perfeccionando mis músculos, más gimnasia, menos cansancio, más elasticidad; llegué a lograr, hecho que me parecía imposible desde mi niñez, tocarme las puntas de los pies sin flexionar mis rodillas. Me estaba llenando de un vigor nuevo, fascinante, vital. Al abrir nuevamente los ojos, venía el momento del desayuno. Trataba de imaginar distintos menús para saborear las galletas y así llenarlas de un gusto distinto, menos rutinario. El problema surgió con el paso de los días, comencé a confundir los gustos y ya todo me parecía nuevamente lo mismo

Dormía mucho. Me gustaba soñar. Por momentos hasta había dejado de pensar en mi condición de encarcelado. Era, simplemente, un encarcelado. De nada me hubiese servido buscar explicaciones a un hecho tan evidente como incomprensible. Estaba solo. Yo y esa mano invisible que me pasaba las galletas y el agua; yo y ese ser que vaciaba el tacho de mis excrementos una vez lleno. Nadie se acercaba a mí, nadie me interrogaba, mi nombre comenzaba a confundirse con su propia sombra. De seguir así, hasta lo hubiese olvidado sin ningún tipo de escrúpulos. Mi muerte no era nada, no pensaba ni en esta posibilidad ni en su significado. Vivía en un eterno presente.

Una mañana, cuando todavía no habían sonado los siete golpes del campanario, me arrancó del sueño un pensamiento que me llenó de amargura: que un día, uno cualquiera, despertaré y ya no estaré entre estas cuatro paredes conocidas, sino en medio de una ciudad transitada y ruidosa. Luego me volví a dormir, olvidando por completo el suceso.

Unas semanas después, un bullicio de bocinazos, susurros, automóviles, autobuses, vendedores ambulantes, en fin, un estrépito ensordecedor me recibíó al abrir mis ojos. Me encontraba echado en la vereda de una avenida ancha y desconocida. La gente se agolpaba a mi derredor y me observaba divertida. Me encontraba totalmente desnudo. Todos aquellos curiosos estaban cálidamente enfundados dentro de sus sacos y abrigos. El cielo gris, los edificios altos y oscuros y yo ahí, amaneciendo sobre un empedrado, desnudo. Alguien me alcanzó una manta raída para cubrirme, la rechacé con molestia. Un agente se acercó a mí. Hablaba un idioma incomprensible. Intenté explicarle mi situación. Pero nada.

Me miraba desconfiado. Yo no tenía ni documentos ni nada que acreditara mi identidad. No era nadie.

Una ambulancia se acercó. Me ayudaron a subir. A través del cristal, reconocí en la multitud la melena rubia de ella, sus senos marcados bajo el suéter, sus labios... nuestros ojos se cruzaron un instante. El conductor de la ambulancia arrancó. Ella corrió hacia mí a la vez que me llamaba por un nombre. No alcancé a entenderlo, y ya nos encontrábamos doblando la esquina, otra gran avenida y el tráfico de la mañana que nos envuelve y nos empuja hacia adelante. Miro hacia atrás y ya no veo más a nadie, sólo el reflejo de mi rostro en la ventana. Por un momento quise acariciar esos pechos, esos muslos, esa boca, pero luego el lugar de ese esporádico deseo fue tomado por una alegría repentina. El chofer activa la sirena y yo comienzo a reír a carcajadas. Algo en ese "uhu... uhuuu... uhuuu" me causa una tremenda gracia. Esos autos que se hacen a un lado, esa seriedad adolescente del conductor. Siento un fuerte pinchazo en mi brazo izquierdo. Cuando volví a despertar era la cara de ella observándome, acariciándome, preguntando no sé qué. Me abrazaba y me besaba. Creo haber reconocido también el rostro de mi madre y de algunos amigos cuyos nombres ya ni siquiera recuerdo. Todos alrededor de mi cama, mirándome y sonriendo con esa mueca idiota que se viste siempre al lado de los convalecientes. De repente fue el recuerdo de un ridículo carnaval a destiempo, un reparto de caretas similares distribuidas indiscriminadamente a los invitados de una misma fiesta. Me bastó esa primera impresión para decidirlo. Esperé a que cada uno se retirase y más tarde, a que Ella y su melena rubia se quedasen profundamente dormidas.

Al amparo del silencio y la obscuridad, tomé un bolso y pocas prendas y fui a visitar al oficial de la comisaría. El se encontraba allí, escondido tras la gran pantalla de su nuevo ordenador, inclinado sobre unos manuales tratando de entender el funcionamiento del aparato. Hablamos un par de minutos, en voz baja. No me costó convencerlo. En unos instantes el trato quedó cerrado: a cambio de algunas explicaciones sobre la mecánica de la computadora, el oficial accedió, no sin sorpresa, tal vez hasta con desconfianza, a mi solicitud de volver a mi celda.

Ahora estoy aquí, solo entre estas cuatro paredes. Me siento bien. Hace un par de días recibí una visita del oficial y con él un presente: su antigua máquina de escribir. Hojas no tengo. A esto el policía no accedió. Pero a mí no me importa. Después de la gimnasia, del descanso y del desayuno, me siento en el piso, sobre esta máquina, y tecleo este texto desde el principio hasta el final. Una vez por día. Algo así como un juego de memoria, una melodía, sin más necesidad que estas teclas y esta cinta ya gastada de tanto golpear en el mismo lugar.